

SERIE BIBLICA:

Crónicas de la *Redención*

PARTE IV
EL TIEMPO SEÑALADO

DR. ELIO M RIVERA



Antes de comenzar...

Quiero darle las gracias por abrir las páginas de esta novela.

Si ha recorrido conmigo los libros anteriores de **Crónicas de la Redención**, ya sabe que esta historia no es simplemente el relato de un pueblo.

Es la historia del plan más extraordinario jamás concebido.

Una historia que comenzó antes de la creación del mundo.

Que atravesó el Edén.

Sobrevivió al diluvio.

Continuó con Abraham.

Creció con Israel.

Resistió el cautiverio.

Y ahora entra en una etapa completamente diferente.

Ha llegado el momento en que el cielo comienza a revelar el futuro.

Jerusalén yace en ruinas.

El pueblo permanece cautivo.

El trono de David parece haber desaparecido.

Y muchos podrían pensar que las promesas de Dios han llegado a su fin.

Pero el cielo nunca perdió el control.

Mientras los hombres contemplaban únicamente el poder de Babilonia, Dios ya estaba escribiendo la historia de los imperios que todavía no existían.

Delante del profeta Daniel comenzará a abrirse un panorama que abarca siglos enteros.

Reyes.

Imperios.

Conquistas.

Traiciones.

Profanaciones.

Y, sobre todo...

el momento exacto en que aparecerá el Mesías prometido.

¿Por qué esta novela es diferente?

No escribí esta obra solamente para explicar las profecías de Daniel.

Quise que usted pudiera vivirlas.

Quiero que camine por las calles destruidas de Jerusalén.

Que contemple el silencio que quedó después de la caída del templo.

Que acompañe a Daniel durante las largas noches de oración.

Que sienta el peso de una revelación capaz de cambiar la historia del mundo.

Quiero que vea emerger las bestias del mar.

Que observe el ascenso y la caída de los grandes imperios.

Que contemple el juicio del Anciano de Días.

Y que, junto al profeta, descubra cómo el futuro comienza a desplegarse delante de sus ojos.

Esta novela fue escrita como si una cámara cinematográfica acompañara cada escena.

Mi deseo es que no solo lea la profecía...

Sino que la vea desarrollarse delante de usted.

Que la escuche.

Que la imagine.

Que la sienta.

Y que experimente la extraordinaria sensación de contemplar la Biblia en tres dimensiones.

Una aclaración importante

Esta es una **novela histórica basada en los relatos y profecías de las Sagradas Escrituras**.

Los acontecimientos fundamentales respetan el mensaje bíblico.

Sin embargo, encontrará diálogos, descripciones, pensamientos y escenas desarrolladas para recrear el ambiente histórico, político y espiritual de cada momento.

Mi propósito nunca ha sido añadir nuevas revelaciones ni modificar la Palabra de Dios.

Mi mayor deseo es despertar en usted un profundo interés por estudiar personalmente las Escrituras y descubrir la extraordinaria precisión del plan divino.

Mi verdadero propósito

Durante más de cuatro décadas he dedicado mi vida al estudio de la Biblia, la historia antigua y la investigación de las profecías bíblicas.

Con el paso de los años descubrí que muchas personas conocen las profecías...

Pero muy pocas alcanzan a visualizar el escenario donde fueron reveladas.

Por esa razón nació **Crónicas de la Redención**.

No deseo únicamente explicar el libro de Daniel.

Quiero que usted se encuentre junto al profeta.

Que vea abrirse el cielo.

Que sienta el impacto de las visiones.

Que contemple el desfile de los imperios.

Que descubra cómo Dios gobierna la historia aun cuando los hombres creen controlar el mundo.

Y que comprenda que ningún acontecimiento ocurre por casualidad.

Todo avanza hacia un día señalado por Dios.

Lo que descubrirá en esta novela

A lo largo de estas páginas recorrerá algunos de los momentos proféticos más extraordinarios de toda la Biblia:

- Las visiones de Daniel.
- Las cuatro bestias y los grandes imperios.
- El carnero y el macho cabrío.
- El ascenso y la caída de reinos que cambiarían el mundo.
- El juicio del Anciano de Días.
- La revelación de las setenta semanas.

- El tiempo señalado para la aparición del Mesías.
- La lucha espiritual que se desarrolla detrás de la historia humana.

Y descubrirá que, mientras los imperios nacen y desaparecen, Dios continúa guiando cada acontecimiento hacia el cumplimiento perfecto de Su plan de redención.

Mi oración por usted

Deseo que, al terminar esta novela, no recuerde solamente fechas, imperios o profecías.

Espero que descubra algo mucho más profundo.

Que comprenda que Dios gobierna la historia.

Que ningún reino permanece para siempre.

Que ningún imperio puede detener Sus propósitos.

Y que, aun cuando todo parezca perdido, el reloj de Dios jamás se detiene.

Porque cada promesa tiene un día señalado.

Y cada una se cumple exactamente como Él la anunció.

Permítame hacerle una última pregunta...

Si usted hubiera vivido en los días de Daniel...

¿Habría confiado en las promesas de Dios mientras Jerusalén permanecía en ruinas?

¿Habría creído que el Mesías vendría cuando todo parecía indicar lo contrario?

¿Habría esperado con paciencia mientras los imperios dominaban el mundo?

En las próximas páginas no será simplemente un lector.

Caminará junto a Daniel.

Escuchará el mensaje de Gabriel.

Verá desfilar los grandes imperios de la historia.

Y contemplará cómo el cielo revela, con asombrosa precisión, el futuro de la humanidad.

Porque el tiempo señalado... ya había sido establecido por Dios desde la eternidad.

Crónicas de la redención

Parte IV

El tiempo señalado

Por el Dr. Elio M Rivera

Agradecimientos

A mi amada esposa, Darea:

Quiero dar gracias a Dios por el privilegio de compartir la vida contigo. Detrás de cada libro que he escrito han estado tu amor, tu paciencia y tu apoyo incondicional. Gracias por acompañarme en las largas horas de estudio, por animarme en los momentos difíciles y por creer siempre en el llamado que Dios ha puesto en mi vida.

Tu respaldo, tus oraciones y tu fidelidad han sido una bendición que el Señor ha usado para hacer posible este trabajo. Gracias por ser mi compañera de vida, mi amiga y mi mayor apoyo en el ministerio. Con todo mi amor y mi más profunda gratitud.

Dr. Elio M. Rivera

Crónicas de la redención Parte IV

Cd. Acuña Coahuila, Mexico, 2006 – Primera Edición

TXU001856435

Derechos Reservados

Copyright by Electronic Copyright Office (ECO) System.

Impreso en Estados Unidos Mexicanos

Dr. Elio M Riverra: dreliorivera@hotmail.com

Contenido:

Capítulo 1: El eco de las bestias....	15
Capítulo 2: La revelación de los imperios....	20
Capítulo 3: La Revelación del Tiempo....	28
Capítulo 4; Cuando la promesa volvió a moverse....	36
Capítulo 5: El despertar de Jerusalén	44
Capítulo 6: El mundo cambia de manos....	50
Capítulo 7: El avance del macho cabrío....	67
Capítulo 8: Una calma que cambia....	75
Capítulo 9: Cuando el macho cabrío no toco tierra...	79
Capítulo 10: La división invisible....	87
Capítulo 11: El día que el imperio quedó sin cabeza....	95
Capítulo 12: Y en su lugar, cuatro....	103
Capítulo 13: Cuando la unidad terminó....	108
Capítulo 14: El cuerpo y la ruptura....	111
Capítulo 15: La sombra del cuerno pequeño....	123
Capítulo 16: Jasón el sumo sacerdote....	139
Capítulo 17: El asalto al corazón de Jerusalén....	146
Capítulo 18: La invasión silenciosa....	150
Capítulo 19: La ruptura bajo el techo....	157
Capítulo 20: La erosión de los valores....	165
Capítulo 21: Entonces vi un cuerno pequeño....	171
Capítulo 22: El círculo y la ruptura....	181
Capítulo 23: El rumor....	199

Capítulo 24: La noche en que la ciudad se abrió....	203
Capítulo 25: Los días del desorden....	210
Capítulo 26: Cuando la oscuridad respondió....	215
Capítulo 27: El regreso de Antíoco....	225
Capítulo 28: Los días que siguieron....	240
Capítulo 29: El límite de la paciencia....	252
Capítulo 30: Abominación desoladora....	269
Capítulo 31: La quietud que no ofrece consuelo....	282
Capítulo 32: La profanación....	289
Epílogo:....	299

Prólogo

Las calles que una vez resonaron con salmos y celebraciones yacían cubiertas de polvo y ceniza, como si sobre ellas hubiera pasado una violencia demasiado grande para ser nombrada. Las puertas, antes firmes y orgullosas, habían sido consumidas por el fuego, y lo que quedaba de ellas era apenas un recuerdo ennegrecido. Los muros, que en otro tiempo habían rodeado la ciudad que había llevado el nombre del gran Rey, yacían derribados en largos tramos abiertos, dejando expuesto todo lo que durante generaciones había sido resguardado. Jerusalén estaba herida, sin defensa, irreconocible.

Las piedras del templo permanecían esparcidas sin orden, arrancadas de su lugar como restos de una gloria despedazada. Aún parecía quedar en ellas algo del murmullo de las oraciones, del temblor de los sacrificios, de la reverencia de quienes creyeron que aquel lugar permanecería para siempre. Pero el templo había sido profanado, saqueado y reducido a escombros.

El viento atravesaba la ciudad sin hallar resistencia. Se deslizaba entre columnas quebradas, levantaba ceniza de los patios abiertos al cielo y arrastraba fragmentos de aquello que un día fue santo. No había sacerdotes ministrando ni humo elevándose. Solo un silencio espeso, difícil de soportar, de esos que no se quedan en el oído, sino que descienden hasta lo más hondo del alma.

Y, sin embargo, Jerusalén no estaba del todo vacía. Algunos habían quedado: los más pobres de la tierra, los que no fueron llevados. Habitaban entre las ruinas con la resignación de quien permanece en un lugar que todavía ama, pero que apenas reconoce. Caminaban entre piedras caídas, recogían lo poco que

el fuego había perdonado y miraban alrededor con una tristeza inmóvil.

El pueblo, en su mayor parte, había sido llevado lejos. Arrancados de su tierra, separados de sus familias, los hijos de Israel avanzaban ahora por regiones extrañas bajo el peso de la derrota. Sus cánticos se habían vuelto lamento, y sus arpas colgaban en silencio como testigos de una voz que no regresaba. Sus ojos, antes alzados con esperanza, se inclinaban hacia el suelo.

Parecía que todo había terminado. Que la promesa se había debilitado. Que la línea había sido quebrada. Parecía que la simiente prometida, aquella que vendría a rescatar al hombre, se había perdido entre las naciones.

Y en medio de aquel silencio, alguien observaba.

No desde las ruinas ni desde las calles abiertas de la ciudad, sino desde una dimensión donde nada se oculta. Lucero contemplaba la escena con una quietud fría. No había prisa en su mirada ni duda en su pensamiento. Desde el huerto, desde la promesa pronunciada en su contra, desde el anuncio de una simiente que vendría a aplastar su cabeza, había seguido cada generación, cada linaje, cada intento de preservar aquello que lo amenazaba.

Había observado. Había influido. Y había esperado.

Por un instante denso, casi inmóvil, como si el tiempo mismo hubiera contenido el aliento, todo parecía inclinarse a su favor. El trono de David estaba vacío. El pueblo estaba disperso. La ciudad santa yacía abierta, humillada, reducida a ruinas. Ante sus ojos, la promesa no parecía avanzar hacia su cumplimiento, sino desvanecerse entre el polvo de los imperios y el cansancio de los siglos. Para Lucero, la victoria ya no era una esperanza lejana ni una

posibilidad incierta. Delante de él, había comenzado a tomar la forma de un hecho.

Pero las ruinas de Jerusalén no eran el final de la historia.

Eran apenas el comienzo de una noche más larga.

Capítulo 1

El eco de las bestias

(Daniel 7: 1-23)

La noche había caído sobre Babilonia con una quietud inusual. Las luces del palacio, que durante el día brillaban con arrogancia, ahora se mantenían contenidas, como si incluso el imperio más poderoso de la tierra respetara el peso de la oscuridad. A lo lejos, el murmullo de la ciudad aún persistía, pero en los aposentos interiores todo parecía haberse detenido.

Daniel permanecía en su lecho, con los ojos abiertos en la penumbra. No dormía. Su cuerpo mostraba el cansancio de una jornada larga, pero su mente no encontraba reposo. Había aprendido a moverse entre reyes, decisiones y presiones que no le pertenecían, y aun así, había algo en su interior que esa noche no lograba acomodarse en silencio.

El aire era tibio, pero en él había una sensación difícil de explicar, como si algo invisible hubiera comenzado a tensarse lentamente.

Daniel no era ajeno a ese tipo de inquietud. La había sentido antes, en momentos en los que el cielo parecía acercarse sin previo aviso, cuando lo natural dejaba de ser suficiente para contener lo que estaba por manifestarse.

Giró levemente el rostro, observando la tenue luz que se filtraba desde una abertura en el muro. Las sombras se extendían con suavidad sobre las paredes, alargándose y encogiéndose con el movimiento casi imperceptible de la llama distante. Todo parecía en orden. Todo estaba en calma.

Y, sin embargo, algo no lo estaba.

Había un peso en su interior que no provenía del cansancio, ni de las responsabilidades del día. Era distinto. Más profundo. Como una presión silenciosa que no empujaba hacia afuera, sino hacia adentro. No era temor, pero tampoco paz. Era la antesala de algo que aún no tenía forma, pero que ya comenzaba a hacerse sentir.

Cerró los ojos por un instante, no para dormir, sino para aquietar sus pensamientos. Había caminado con Dios lo suficiente como para reconocer cuando el cielo estaba a punto de hablar, aunque aún no hubiera palabras. No buscó respuestas. No hizo preguntas. Solo permaneció allí, en ese punto intermedio entre el descanso y la vigilia, donde lo visible comienza a ceder espacio a lo invisible.

El silencio en la habitación se volvió más denso, casi palpable. El sonido lejano de la ciudad comenzó a desvanecerse, como si se retirara lentamente. Incluso el leve movimiento del aire pareció detenerse por un momento, suspendido, expectante.

Y entonces, sin darse cuenta de cuándo ocurrió, el sueño comenzó a tomarlo.

No como un descanso, sino como un descenso.

Como si una puerta invisible se abriera delante de él.

Y Daniel cruzara sin saberlo.

•

Daniel comenzó a soñar. Ante él se extendía el mar, inmenso y oscuro, como si no tuviera orillas. No había tierra a la vista ni un cielo claro que lo cubriera, solo una masa profunda que parecía respirar con lentitud, contenida, como si aguardara algo que aún no había comenzado. No supo en qué momento el sueño lo había llevado hasta allí; solo sabía que estaba de pie frente a aquella inmensidad, consciente de haber cruzado un umbral más profundo que el simple descanso.

Permanecía firme. Sus pies no sentían el suelo, pero tampoco caía. El aire tenía una densidad distinta, como si cada instante estuviera sostenido por algo que no podía ver.

El mar comenzó a cambiar.

Un viento surgió de pronto, no desde una dirección, sino desde varias a la vez. Golpeó la superficie con violencia, levantando olas que se alzaron unas sobre otras y rompieron la calma con un estruendo constante. El sonido no era solo agua en movimiento; tenía un peso más antiguo, como si lo que se agitaba no fuera únicamente el mar.

Daniel no retrocedió, pero su respiración cambió. Había visto visiones antes, había sostenido revelaciones que habrían quebrado a otros hombres. Pero esto tenía un peso distinto. No se contemplaba a distancia. Se sentía.

Las olas comenzaron a abrirse en puntos precisos, como si algo desde las profundidades empujara hacia arriba. No seguía el ritmo del viento ni el flujo del agua.

Era intencional.

Algo estaba subiendo.

El corazón de Daniel se tensó. Sus ojos se fijaron en el lugar donde la superficie parecía desgarrarse. Por un instante no hubo forma definida, solo sombras que luchaban por emerger, figuras incompletas que tomaban cuerpo y lo perdían al mismo tiempo.

Entonces, la primera figura rompió la superficie.

No salió con violencia, sino con una fuerza contenida, como si su propio peso resistiera el ascenso. El agua se apartó a su alrededor, y poco a poco su forma comenzó a definirse. Daniel no apartó la mirada. No podía. Había algo en aquella aparición que lo obligaba a observar, aun cuando la inquietud aumentaba en su interior.

Antes de que pudiera comprender lo que veía, otra agitación surgió a un lado. Luego otra. Y otra más. El mar, que momentos antes parecía un solo cuerpo, se abrió en varios puntos, como si distintas fuerzas emergieran al mismo tiempo, reclamando su lugar.

El viento se intensificó.

Las aguas chocaron con más violencia, y el sonido llenó todo el espacio, envolviendo a Daniel en una presión que no provenía solo del entorno, sino de lo que estaba por manifestarse. No había palabras. No había explicación. Solo una certeza creciente, difícil de sostener.

Esto no era un sueño común.

Era revelación.

Y lo que estaba emergiendo... no pertenecía al presente.

El mar siguió agitándose, como si no fuera a detenerse hasta sacar a la luz todo lo que ocultaba.

Y Daniel comprendió, sin que nadie se lo dijera, que aquello apenas comenzaba.

•

Y finalmente, el mar se abrió. No de golpe, sino como si una fuerza invisible lo obligara a ceder. Las aguas se separaron con dificultad, y entre la espuma oscura comenzó a levantarse una forma que no pertenecía al orden natural. No emergía como una criatura que nada, sino como algo que se impone, que asciende con un peso propio.

La figura tomó forma lentamente hasta hacerse inconfundible. Era como un león, pero no lo era. De sus costados brotaban alas, grandes, extendidas, semejantes a las de un águila. No había armonía en su forma, sino una mezcla inquietante, como si distintas naturalezas hubieran sido forzadas a existir en un solo cuerpo. Daniel sintió cómo su respiración cambiaba.

La bestia no rugía. No atacaba. Solo estaba allí, erguida, dominando el espacio. Y aun así, su presencia llenaba todo de una presión difícil de sostener. Entonces ocurrió. Las alas fueron arrancadas, no con violencia visible, sino como si una fuerza las despojara de su lugar. La criatura se estremeció, y su postura cambió. Se irguió sobre sus pies, a manera de hombre, adoptando una forma distinta. Y le fue dado corazón de hombre.

Daniel apenas tuvo tiempo de asimilarlo, porque el mar volvió a agitarse. A su derecha, otra ruptura se abrió en las aguas. Esta vez el ascenso fue más brusco. La segunda bestia emergió con una fuerza cruda, sin contención. Su forma recordaba a un oso, pesado, inclinado hacia un lado, como si una parte de su cuerpo dominara

sobre la otra. Entre sus dientes, tres costillas permanecían atrapadas.

Su presencia no era calculada; era directa. Y se le dijo: «Levántate; devora mucha carne». La orden cayó con peso. No anunciaba. Definía. Aquella criatura no había surgido para ocupar un lugar vacío, sino para arrasar. Daniel sintió el peso en su pecho. Pero el mar no se detuvo.

Otra agitación surgió más allá, y de ella emergió una tercera criatura. Su movimiento fue más rápido, más ágil. Su cuerpo era semejante al de un leopardo, pero sobre su espalda se extendían alas, y su cabeza no era una, sino cuatro. Había dominio en su forma. No solo avanzaba. Gobernaba. Daniel ya no intentaba comprender. Solo observaba.

El mar no encontró reposo. Después de la tercera bestia, las aguas no descendieron ni el viento cedió. Al contrario, todo pareció tensarse, como si lo que había emergido hasta ese momento no fuera suficiente. Las olas chocaron con mayor violencia, levantándose unas sobre otras, desordenadas, forzadas. Daniel permaneció inmóvil, pero algo en su interior retrocedió. No era pensamiento. Era reconocimiento.

Entonces, las aguas se abrieron otra vez. No en un solo punto, sino en varios a la vez, como si algo demasiado grande empujara desde abajo. La superficie se desgarró, y por un instante no hubo forma definida, solo una masa oscura deformando todo a su paso. Y luego emergió. La cuarta bestia no se parecía a ninguna de las anteriores. No podía compararse con criatura conocida. No era como león, ni como oso, ni como leopardo. Era distinta desde el primer instante, como si su naturaleza fuera contraria a todo orden.

Su cuerpo parecía hecho para destruir. Sus dientes, grandes y de hierro, se hicieron visibles primero, brillando con una dureza fría.

No estaban hechos para cazar, sino para triturar. Y cuando se movió, no lo hizo con agilidad, sino con una fuerza aplastante, arrasando todo a su paso. Devoraba. Desmenuzaba. Y lo que no consumía, lo pisoteaba.

Daniel sintió el peso en el aire. No era solo temor. Era algo más profundo. Aquella bestia no avanzaba por instinto, sino con una intención que no encontraba oposición. Sobre su cabeza, diez cuernos se alzaban, firmes, definidos. Y entonces, algo comenzó a cambiar. Entre ellos, uno nuevo empezó a surgir. Se abrió paso lentamente, creciendo donde antes no había nada. Y a medida que ascendía, tres de los cuernos fueron arrancados delante de él.

Daniel no apartó la mirada. El cuerno continuó elevándose, distinto a los demás. No era solo poder. Había en él algo más. Tenía ojos. Ojos como de hombre. Observaban. Y abrió su boca, no para devorar, sino para hablar. Lo que salió de ella fueron palabras cargadas de una arrogancia sin límite, como si aquello que hablaba no reconociera autoridad por encima de sí mismo.

El mar seguía agitado. El viento no cedía. Y Daniel comprendió. Aquella bestia no era solo más fuerte. Era distinta. Y lo que representaba aún no había terminado de manifestarse. Entonces, la visión cambió. El mar, con todo su estruendo, quedó atrás, como si hubiera sido apartado. Lo que antes era caos cedió a una solemnidad que imponía silencio.

Daniel vio que fueron puestos tronos. No surgieron con ruido ni con movimiento visible, pero estaban allí, firmes, establecidos. En medio de ellos, uno ocupó el lugar central. Sobre él se sentó el Anciano de días.

Su vestidura era blanca como la nieve, sin mancha ni variación, como si en ella no existiera sombra alguna. El cabello de su cabeza era como lana limpia, puro, resplandeciente. No había en Él señal

de desgaste ni de tiempo. Su presencia no necesitaba imponerse; todo lo demás se ordenaba en torno a Él.

Su trono era llama de fuego, y sus ruedas ardían encendidas, vivas, como si el fuego no fuera solo un elemento, sino la expresión misma de lo que allí ocurría. De delante de Él procedía un río de fuego que fluía sin detenerse, extendiéndose con una intensidad que no consumía lo que debía permanecer, pero sí lo que debía ser juzgado.

Millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de Él. No había confusión en aquella multitud ni desorden alguno. Cada presencia ocupaba su lugar, y todo estaba orientado hacia el trono. Lo que se extendía ante Daniel no transmitía caos, sino autoridad; no despertaba espanto sin forma, sino reverencia.

El Juez se sentó, y los libros fueron abiertos. Daniel observaba sin hablar, sin intervenir, sosteniendo con la mirada una escena que no alcanzaba a abarcar por completo. El peso de lo que ocurría no estaba en el movimiento, sino en lo que significaba.

Entonces el sonido volvió. No provenía del trono ni de la multitud que asistía, sino de aquel cuerno que había surgido entre los otros. Sus palabras continuaban, grandes, arrogantes, insistentes, como si no reconocieran lo que ahora estaba delante de ellas. Daniel siguió mirando a causa de aquel sonido, y mientras miraba, el juicio avanzó.

La bestia fue muerta. No hubo resistencia visible ni lucha prolongada. Su cuerpo fue destrozado y entregado para ser quemado en el fuego. Aquella fuerza que antes devoraba y pisoteaba quedó sometida, reducida, sin capacidad de levantarse otra vez. Las otras bestias permanecieron, pero su dominio les fue quitado. Ya no gobernaban ni avanzaban con la misma autoridad. Aun así, les fue prolongada la vida por un tiempo determinado,

como si lo que representaban no hubiera sido eliminado por completo, sino limitado bajo una medida establecida.

Y en medio de todo aquello, el trono permanecía. Firme. Inalterable. Como si nada de lo que había surgido desde el mar pudiera sostenerse delante de Él por sí mismo.

La escena no terminó con el juicio. El trono seguía en su lugar, rodeado por la multitud que asistía, y el río de fuego continuaba fluyendo delante de Él. Todo permanecía en orden, y sin embargo Daniel seguía mirando, como si aún no hubiera visto todo lo que debía ser mostrado.

Entonces, en medio de la visión de la noche, algo apareció. No surgió del mar ni ascendió desde las profundidades. Vino desde arriba, con las nubes del cielo. Su llegada no interrumpió la escena; la atravesó. No produjo estruendo ni alteró el orden, pero todo lo que estaba allí parecía reconocer su presencia.

Daniel fijó su mirada en Él. No tenía la forma de las bestias que había visto antes. No había en Él deformidad ni mezcla. Era semejante a un hijo de hombre. Y cuando se acercó al Anciano de días, no lo hizo con resistencia ni con duda, sino como quien avanza hacia un lugar que le corresponde. Fue llevado delante de Él, y la escena no mostró conflicto, sino reconocimiento.

Y le fue dado dominio. Le fue dada gloria. Le fue dado reino. Lo que recibió no estaba limitado a un territorio ni a un tiempo. No dependía de la fuerza ni del número. Todos los pueblos, naciones y lenguas le servirían bajo una autoridad que no podía ser sustituida ni desafiada.

Daniel observaba en silencio. Lo que había visto antes avanzaba con violencia, se imponía, devoraba y destruía. Pero esto era distinto. No surgía del caos ni de la fuerza, sino de una autoridad

que no necesitaba abrirse paso por medio de la violencia. Y mientras la visión permanecía delante de él, comprendió, sin poder explicarlo aún, que aquello no estaba sujeto al mismo curso que las bestias.

El profeta miró alrededor, como buscando sostenerse en algo estable dentro de aquella escena. Todo permanecía en orden, pero él no. La inquietud no disminuía. Aquello no podía quedar sin respuesta. No era una visión para ser contemplada y olvidada.

Entonces se acercó a uno de los que asistían. Lo hizo con la cautela de quien reconoce que está entrando en un ámbito que no domina. Se detuvo delante de él y preguntó la verdad acerca de todo aquello. No buscaba una explicación parcial ni palabras que suavizaran lo visto. Buscaba claridad.

Y le fue dada. Se le hizo saber que aquellas cuatro grandes bestias eran cuatro imperios que se levantarían en la tierra. No eran figuras vacías ni imágenes aisladas. Representaban dominio, historia, levantamientos reales. Pero la visión no terminaba en ellos. Después de ellos, el reino sería recibido por los santos del Altísimo, y lo poseerían eternamente.

Daniel escuchó, pero su atención no se detuvo allí. Había algo que aún no quedaba resuelto dentro de él. Su pensamiento regresó a la cuarta bestia, a aquello que había visto con mayor peso y mayor inquietud. No era igual a las otras. Su forma, su fuerza y su manera de avanzar la separaban de todo lo anterior.

Quiso saber más. Su mente volvió a sus dientes de hierro, a sus uñas de bronce, a la manera en que devoraba, desmenuzaba y hollaba lo que quedaba bajo sus pies. Recordó los diez cuernos que se levantaban sobre su cabeza, y aquel otro que había surgido entre ellos, delante del cual tres habían caído. No era solo su apariencia. Era lo que hacía.

Había visto cómo ese cuerno hacía guerra contra los santos y los vencía, hasta que el curso de la visión cambiaba, el Anciano de días intervenía, y el juicio era dado a los santos del Altísimo. Hasta que llegaba el tiempo, y el reino era recibido.

Entonces le fue explicado con mayor precisión. Aquella cuarta bestia gobernaría un cuarto reino en la tierra, diferente de todos los otros. No seguiría el mismo patrón. Avanzaría sobre toda la tierra, devorando, quebrantando y despedazando. Los diez cuernos representaban diez reyes que se levantarían de ese mismo reino. Y después de ellos se levantaría otro, distinto de los primeros, el cual derribaría a tres.

No solo gobernaría. Hablaría palabras contra el Altísimo, quebrantaría a los santos e intentaría cambiar los tiempos y la ley. Y por un periodo le sería permitido ejercer dominio. Pero no permanecería. El Juez se sentaría, y su dominio sería quitado, destruido y arruinado hasta el fin.

Entonces el reino, el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo serían dados al pueblo de los santos del Altísimo. Su reino sería eterno, y todos los dominios le servirían y obedecerían.

La explicación terminó, pero no trajo descanso. Daniel permaneció en silencio, sosteniendo dentro de sí aquello que ahora sabía, pero que aún no lograba ordenar. No era ignorancia lo que lo inquietaba, sino el peso de lo comprendido. Aquello no pertenecía a su tiempo... y, sin embargo, lo alcanzaba.

No habló de ello. No lo compartió. Guardó el asunto en su corazón, como se guarda algo que aún no puede ser dicho sin ser alterado.

El mundo volvería a su curso. Los reinos se levantarían. Las bestias tomarían forma en la historia. Pero lo que había visto no había terminado. Aquello no era el final de la revelación.

Era apenas el inicio.

Gracias por leer este extracto

Gracias por acompañarme en este recorrido por **Crónicas de la Redención – Parte IV: El Tiempo Señalado**. Espero que estas páginas hayan despertado en usted el deseo de descubrir cómo Dios gobierna la historia con absoluta precisión y cómo las profecías bíblicas revelan que el plan de la redención jamás ha estado fuera de Su control.

Crónicas de la Redención – Parte IV: El Tiempo Señalado es una novela bíblica que combina una narrativa envolvente con un sólido fundamento en las profecías de Daniel. A través de sus capítulos, el lector acompaña al profeta mientras contempla el surgimiento y la caída de los grandes imperios, el desarrollo del plan de Dios para la humanidad y la manera en que cada acontecimiento histórico conduce inexorablemente hacia la venida del Mesías.

En el libro completo descubrirá:

- El significado profético de las cuatro bestias de Daniel.
- Cómo Dios anunció con siglos de anticipación el surgimiento de los grandes imperios mundiales.
- La revelación del carnero y el macho cabrío y su cumplimiento histórico.
- El extraordinario mensaje de las setenta semanas de Daniel.
- Cómo las profecías señalan con precisión la llegada del Mesías.
- La lucha espiritual detrás del desarrollo de la historia humana.

- El papel de Jerusalén dentro del plan de redención.
- La relación entre las profecías de Daniel y los acontecimientos de los últimos tiempos.
- Cómo Dios establece límites al poder de los imperios y dirige el curso de la historia.
- Por qué las profecías bíblicas fortalecen nuestra confianza en la soberanía de Dios.

Esta obra está escrita con un estilo narrativo que hace que las grandes profecías de la Biblia cobren vida delante del lector. Cada capítulo desarrolla los acontecimientos con profundidad histórica, fidelidad bíblica y una lectura ágil que permite comprender verdades proféticas complejas de una manera clara y apasionante.

Descubra cómo Dios escribió la historia antes de que ocurriera

Las profecías no fueron dadas para producir temor, sino confianza. Ellas nos recuerdan que Dios conoce el principio y el fin, que nada sucede fuera de Su voluntad y que la venida de Jesucristo forma parte de un plan perfecto preparado desde la eternidad. Mi deseo es que este libro fortalezca su fe y le permita contemplar la extraordinaria precisión con la que Dios ha dirigido el curso de la historia.

Ver el libro aquí:

[Crónicas de la Redención – Parte IV: El tiempo señalado — Museo Vida y Obra de Jesucristo](#)